

Antropología de la praxis médica

José Luis del Barco-Collazos

La acción, eficaz o ineficaz, está cargada siempre de consecuencias. No hay ninguna que no deje secuelas y hasta las inapreciables desencadenan a veces sucesos portentosos. El leve aleteo de una mariposa en un extremo del mundo puede causar tempestades en el extremo contrario. “Efecto mariposa” llaman los estudiosos del caos a la sorprendente cadena de influjos. Algo insignificante al principio puede tener resultados asombrosos al final. Este rasgo de la acción es más intenso aún en la humana. La acción humana es, sin parangón, fértil de consecuencias. Tiene en todos los casos un doble efecto: sobre el mundo exterior y sobre el que la realiza. Cuando miento, no sólo empuerco el mundo de mentiras, sino que hago de mí un ser mendaz, me hago mentiroso; y cuando escribo, además de enriquecer al mundo de fábulas, me convierto en escritor. Me hago con lo que hago, soy hijo de mis obras, soy hechura de mis actos. Los demás y nosotros mismos somos, inevitablemente, beneficiarios o víctimas de nuestros actos. El rumbo del mundo, la situación de los otros y nuestra propia condición personal y técnica dependen de ellos. Son, pues, graves y hay que tomarlos en serio.

No hay acción humana que se sustraiga a este doble efecto y menos que ninguna la responsable y comprometida llamada “acto médico”. La buena praxis médica favorece al enfermo y hace al médico buen médico; la mala, perjudica a aquél y desacredita a éste. Esta inevitable consecuencia confiere al acto médico una honda gravedad. El destinatario y la situación en la que se encuentra, alguien doliente quebrantado por el sufrimiento, son su finalidad y única

preocupación. La persona y su dolor son los imponentes márgenes entre los que ha de moverse la praxis médica.

El dolor, dice Edgar A. Poe, es *a gradual wasting away of the person*,¹ una lenta extenuación de la persona y ha acompañado al hombre desde el instante que puso su pie en la tierra. Ninguna época se ha visto libre de él. Ni la fabulosa edad de oro urdida por los poetas, ni el paraíso en la tierra de Marx, ni “*La ciudad del sol*”, de Campanella, ni ninguna otra utopía del Renacimiento. Ha estado siempre en la historia y los intentos de indicar cuándo apareció, de señalar el momento en que irrumpió en el tiempo o de situar su origen histórico, desde el mito de Pandora a la idea russoniana de un estado de naturaleza libre de padecimientos, han resultado baldíos. No hay historia sin dolor. La ciencia histórica ensancha la dimensión del pasado y ha escrutado sus remotos confines, pero no ha dado jamás con un periodo feliz en que estuviera ausente el filo de su aguijón. La ausencia de sufrimiento corresponde a la Ante-historia, a lo que en lenguaje teológico se llama Paraíso. Aquí, en la tierra y en la historia, su enojosa compañía es pertinaz y ha obligado a los hombres a hacerle frente. El dolor es una esfinge, un misterio en el camino que interpela e incita a averiguar qué es. De dos formas, ni contradictorias ni enfrentadas entre sí, se ha afrontado el reto: descubrir su sentido y eliminarlo. A José Hierro, el poeta español de la posguerra, le interesa lo primero. Así lo manifiesta en acendrados endecasílabos: *Llegué por el dolor a la alegría. / Supe por el dolor que el alma existe. / Por el dolor allá en mi reino triste / un misterioso sol amanecía*.² Una honda experiencia vital le procura la prueba acerca de su sentido existencial. Algo parecido le ocurre a Dostoievski. “El gran misterio de la vida humana, dice en *Los hermanos Karamazov*, hace que el dolor pasado se vaya trocando poco a poco en una dulce y conmovedora alegría”.³ De parecida manera lo ve Balzac: “El sufrimiento todo lo engrandece”, confiesa en *Las ilusiones perdidas*.⁴ No son casos aislados. Ya los griegos señalaron su valor pedagógico. Es el sufrir para comprender de Esquilo. “Él (Zeus), dice en *Agamenón*, ha abierto el camino al conocimiento de los mortales mediante esta ley: por el dolor a la sabiduría”.⁵ Martin Heidegger y el cristianismo, en planos distintos, el filosófico y el trascendente respectivamente, han tratado, asimismo, de desentrañar el misterio del sentido del dolor.

Departamento de Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Málaga, España.

Correspondencia

Prof. Dr. José Luis del Barco-Collazos
Paseo de Sancha 12 3ºA2
29016 Málaga, España
Tel.: 952131816
Correo electrónico: jldelbarco@uma.es

Recibido: 3 de septiembre 2013

Aceptado: 25 de septiembre 2013

La actitud médica es distinta. Más que a descifrar su significado, se aplica a eliminarlo y a mitigarlo. La medicina es el quehacer humano volcado en remediar el dolor. Lo considera una agresión de la que hay que liberar al hombre o un padecimiento del que ha de ser curado. La racionalización y especialización modernas le han permitido aliviar dolores pertinaces en el pasado. Pero antes y ahora su designio principal es la curación. Lo que importa del dolor es exterminarlo. Curar es ante todo una dedicación. La lucha abnegada del médico no busca en primer lugar pensar el dolor, sino arrancarlo de cuajo. Para ese fin bienhechor se sirve de vastos conocimientos. La medicina requiere mucha sabiduría y total consagración para ser ciencia y arte. Pero la armazón científica es para ella un medio instrumental, no el objetivo primero. Los conocimientos que la acompañan son auxiliares: se encuentran al servicio de su misión de curar. La medicina cultiva el saber para sanar. Es una actitud humana ante el dolor. Esa espléndida actitud, hecha de compasión y benevolencia, es la respuesta magnánima al grito de una persona. Ella es la que se encuentra hundida en el dolor, flagelada por sus golpes, y la que pide ser curada. El sufrimiento sacude los estratos profundos de la persona y nos hace ver su desvalimiento. La ayuda que reclama para alivio de su mal desplaza el interés del dolor al doliente. La persona doliente es el blanco de la praxis médica y la razón más profunda de su seriedad. El acto médico apunta al único ser de este mundo que es fin en sí mismo. Por “*lo más cercano, lo más conmovedor, lo más singular*” (*das Nächste, Erregendste, Eigenste*) la tiene Thomas Mann,⁶ y Novalis añade que “*en sus ojos reposa la eternidad*” (*in ihren Augen ruhte die Ewigkeit*).⁷ Ya el nombre insinúa su descollante altura. “Persona” deriva de “personare”, que significa resonar por todas partes, o sea, clamar para hacerse oír, como hacían los actores en el teatro griego a través de sus máscaras. La persona obliga a estar en permanente escucha para no desoír su inestimable voz. Es fundamento de la ética, eje sobre el que gira, y destinataria preferente de esa buena voluntad o amor universal llamado benevolencia. La persona representa la única novedad radical que acaece en la historia. Cada una aporta un ser único que invalida la inerte interpretación de la historia que propala la sentencia *nihil novum sub sole*. En las vastas extensiones del espacio sideral, y en las microscópicas del fascinante mundo subatómico, las cosas se suceden con la rutina fatal de siempre. Pero aquí, a nuestro lado, los hombres y mujeres con los que nos cruzamos en la calle a diario, encarnan lo nunca visto. Encumbrados o sencillos, pobres o ricos, humildes o poderosos, enfermos o sanos, y el hombre insignificante humillado por la vida, cuya entraña personal amó y describió genialmente Dostoievski, son novedades irrepetibles. La persona es alguien como no hay otro ni ha habido ni habrá. Y así será siempre, aunque la clonación fuera alguna vez

la forma no amorosa de reproducción. Tal vez en un futuro mundo infeliz, el *Brave new world* fantaseado por Aldous Huxley, se pueda clonar el genoma de alguien, pero nunca se podrá “fotocopiar” su ser. Y eso es la persona: el ser de cada quién, lo irreductible en el hombre, cada ser humano impar -un alguien corporal la llamaba Julián Marias-, cuyo lugar único en el mundo se queda vacío para siempre cuando se va.

Ocuparse, desvelarse o desvivirse por una persona humana desvencijada por el dolor confiere a la praxis médica su serena seriedad y su cuño de grandeza. Cuidar la naturaleza, proteger las especies o abogar por tratar a los animales sin crueldad, sin caer en desmesuras animalistas como la de Peter Singer, es un deber moral. Cosas y animales son valiosos porque es valioso todo lo que existe. Pero nada lo es tanto como las personas. Las personas valen más y valen de otro modo. Su valor no depende de los servicios que presten, las ventajas que procuren, el provecho que reporten o las funciones que desempeñen. No valen por su utilidad, valen por ser. El valor incondicional que les corresponde se llama dignidad. En la mezquina atmósfera idólatra del dinero -“el mejor cimiento y zanja del mundo”,⁸ lo llama con ironía el Caballero de la Triste Figura- que nos ahoga es difícil percibirla. Cuando todo es objeto de compraventa; cuando las obras cumbre del arte se tasan en dinero contante y sonante; cuando a la honradez y a la integridad se le pone precio, resulta extraña la idea de que algo no lo tenga. Tal vez porque conocemos el precio de todo y el valor de nada, como opina Oscar Wilde, tendemos a igualar ambas magnitudes, sin caer en la cuenta, como advirtiera Machado, de que sólo el necio confunde valor y precio. La dignidad nos libra de incurrir en tal confusión, pues señala la eminencia que conceden al hombre, no títulos, honores, riqueza o poder, sino su singular puesto en el mundo y exclusiva instalación en la realidad. La dignidad es el valor no venal de los seres personales. Ni se compra, ni se vende, ni se tasa en dinero, ni se expende en el mercado, ni cotiza en bolsa; no se rige por las leyes de la lógica económica.

Los perspicaces griegos, “la especie más lograda de hombres”, según Nietzsche, llamaban axiomas a ciertos principios lógicos evidentes de suyo. Los reputaban de muy valiosos y los tenían en alta estima. La estima que corresponde a los seres dignos, los axiomas reales, se llama respeto. Toda persona lo merece. “Necesidad indeclinable que enaltece y vigoriza”, lo llama Manuel Mugica Láinez.⁹ No puede eludirse, homenaja al que lo recibe y engrandece al que lo tributa. Kant lo tiene por “un sentimiento oriundo de la razón” y consiste en profesar rendida veneración a los seres personales. El respeto es el tributo del hombre al hombre. Cargos, instituciones, tribunas, títulos u honores deben ser enaltecidos como corresponde. Es justo reconocer los méritos y encarecerlos dondequiera que se encuentren. Pero

el mérito de méritos en este mundo es ser un fin en sí mismo, nunca mero medio. Y eso sólo las personas. Ellas son portadoras, antes que sabios y reyes, del valor inmarcesible de la dignidad, la cual infunde respeto. De él mana, como el agua del venero o la claridad del seno del alba, la atención, circunspección, miramiento y efusión de la praxis médica. No es raro que su eficacia supere la de los fármacos. Así lo confirma un enfermo egregio. Durante los años de deportación en las crudas soledades de Siberia, narrados con dolor y temblor en *Apuntes de la casa muerta*, Fiódor Dostoievski pasó alguna vez por el hospital, un barracón inhóspito mísero de medios, donde experimentó en sus propias carnes la eficacia terapéutica de una praxis médica volcada en la persona. “El amor al prójimo, la afabilidad, la fraterna compasión por el enfermo, dice el ruso genial, son a veces más necesarios que todos los medicamentos”.¹⁰

La persona es digna y hay que tributarle respeto sin condiciones. Ninguna queda fuera del abrazo acogedor y hospitalario de la dignidad. Pero a la enferma, quebrantada y en situación de fragilidad, se le ha de tributar espléndidamente. El dolor desentumece las regiones más hondas de la persona, despierta las embotadas, acorchadas o dormidas y las reintegra a su ser. El sufrimiento congrega la totalidad humana anegada en aflicción, y la Bioética, la fámula solícita de la existencia en apuros, nació para que sus zarpazos, que

antes o después vendrán, se eviten o alivien sin menoscabo de la persona. Esa soberbia misión, sacarla del sufrimiento velando por mantener su dignidad inviolada, confiere a la praxis médica un admirable cuño de grandeza. Cura el dolor y “salva” a la persona.

Referencias

1. Fall of the House of Usher. En E. A. Poe, *The Complete Stories*, Everyman's Library, New York, London, Toronto, 1992 p. 371.
2. Alegría. En J. Hierro. *Poesías Completas (1947-2002)*. Visor Libros. Madrid, 2009 p. 133.
3. Los hermanos Karamázov. F. M. Dostoievski, Cátedra. Madrid, 2009, p. 461.
4. Las ilusiones perdidas. H. de Balzac. Random House, Mondadori. Barcelona, 2010 p. 179.
5. Citado por L. Polo. *La persona humana y su crecimiento*, Eunsa, Pamplona, 1996 p. 220.
6. “Das Nächste, Erregenste, Eigenste ist kein Stoff; es is die Person”. En Th. Mann, *Doktor Faustus*. Roman Fischer, 1989 p. 236.
7. Hymnen an die Nacht. En Novalis, *Himnos a la noche*. Cánticos espirituales. Círculos de Lectores. Barcelona, 2001 p. 30.
8. El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. M. De Cervantes Saavedra. Austral, Madrid, 2004 p. 565.
9. Bomarzo. M. Mujica Láinez, Planeta, Barcelona, 1975 p. 80-81.
10. Dostoievski FM. *Apuntes de la casa muerta*. Alianza Editorial. Madrid, 2011 p. 292.